



UNA FUENTE DE INSPIRACIÓN

Autor: Marian González Bobillo

Ganadora 2016 en relato corto adulto

—Hola, buenos días, ¿puedes ponerme con la extensión 43562? De parte de 623AN

—Sí, no se retire, le paso.

—Dígame, -sonó una voz femenina con un poco de tono ronco

—Buenos días Brenda

— ¿Tienes un minuto? Tengo que contarte algo que me ha ocurrido hoy, y es urgente.

—Claro, cuéntame.

Esta mañana me sobresalté al escuchar el estridente despertador que compré ayer. Quería uno que hiciese mucho ruido, porque últimamente llegaba tarde a todos los sitios. No escuchaba ninguno, ¡y eso que me ponía las alarmas cada cinco minutos durante una hora!. Intenté levantarme de un salto, pero no podía ¡No me respondían mis fuerzas!. Torpemente me incorporé en la cama, poniéndome en distintas posiciones, pero parecía que el colchón tuviese manos que agarraban mi cuerpo y no me soltaba, hasta que bajando primero una pierna, después la otra, y reptando por el colchón logré zafarme de esa fuerza que me sujetaba.

Hoy me siento especialmente cansada, pero no recuerdo que ayer me pasara de rosca. Será que no he tenido un sueño reparador. Bueno, esto se me pasará enseguida. Me tomaré dos Actimel y en marcha. Creo que tengo hoy un día duro, aunque ahora mismo la verdad, es que no sé lo que tengo que hacer. Fui en busca de mi agenda, para eso la tengo, por cierto, -¿dónde la habré puesto?- no recuerdo haberla visto en la mesita de noche.

Cuando me calcé las zapatillas de andar por casa, fui arrastrando los pies hasta el cuarto de baño. Me resultaba más lejano de lo que recordaba.

Lentamente llegué hasta el baño. Me lavé la cara y cuando terminé de secármela, el reflejo de mi cara quedó impreso en el espejo que tenía frente a mí.

— ¿Quién puñeta es esa? Pasé mis manos por una cara arrugada y no salía de mi asombro. Pero ¿dónde está mi pelo? ¿por qué el poco que tengo está totalmente blanco? Y ¿esa cara?, ¡pero si tengo más arrugas que un Char Pei!

—Urgente, tengo que llamar a mi cirujano plástico. ¿Dónde habré puesto mi móvil?, Bueno, tranquila, menos mal que siempre tengo el pos-it pegado en el espejo del baño con su correo electrónico, porque yo en cuanto me veo una arruga de más, le escribo para que me meta un chutazo de butox y como nueva.

Me coloqué las gafas con cristales de culo de botella, y leí el nombre del correo, «pontetodoensusitio.com»

Cuando me levanté la camiseta del pijama, quedé horrorizada de lo que mis ojos observaban.

—¿Pero qué es esto? ¿Dónde están mis tetas? ¡Esto son dos pimientos asados y caducados hace más de un centenar de años! ¡Ay, por Dios, esta operación me va a costar un ojo de la cara, o más bien los dos, ni una primitiva me salva de esto!

—Vale, tranquilízate Carmen. Todo tiene solución, le dijo Brenda

—¡Pues vaya con las cremas que me he estado echando toda la vida, que si la anti edad, anti ojeras, anti manchas, ¡anti leches en vinagre!, y el dineral que me habré gastado pensando que eran milagrosas! En cuanto pueda pienso escribirles una hoja de reclamaciones ¡que se van a enterar! O mejor, se lo dejo a mi abogado que disfruta con esos pleitos contra marcas famosas. Sí, será mejor así. Que le saque ¡hasta los ojos!, al menos si me quedo con las arrugas podré recuperar mi mala inversión. No, si mi madre me lo decía «hija, lo mejor es el aceite de oliva» te lo echas todos los días en la cara y de mayor no tendrás arrugas. Tendría que haberle hecho caso. Las madres siempre tienen razón.

Venga, manos a la obra. Después de la ducha le escribo a mi cirujano plástico para que me dé presupuesto de este apañío que me tiene que hacer. Afirmativo, eso será lo primero que haga hoy.

Ya dentro del jacuzzi noto que me duelen todos los huesos.

—¡Huy, huy! Creo que esto va ser cosa de la gripe. Me tomaré los dos actimel con un gramo de paracetamol y lista aunque, pensándolo mejor, llamaré al trabajo para decirles que no podré hacer la misión que tenía para hoy; la de dar clase de zumba en el gimnasio de »Folma tu folma«, el seguimiento de Suikisak tendría que esperar hasta averiguar que es lo qué me había ocurrido.

Carmen seguía con su monólogo sin respirar y Brenda, mirando al cielo con una expresión de cansancio y tristeza, la escuchó atentamente.

—Sí, entiendo, entiendo Carmen, escucha. La misión del gimnasio terminó hace unos días, cuando comprobamos que el sujeto no era el que teníamos que detener y pasó a ser tema de los federales.

—Pues, no lo recuerdo

—Claro, sabes que después de cada misión pasáis por el secador de memoria. Te mandamos al departamento de investigaciones científicas para hacerte pasar por la esposa de Mr. Missing que está en un geriátrico. Te hemos colocado un chip que hace que la gente te vea con ese aspecto, pero es sólo cuestión de la imagen que reflejas, en realidad sigues siendo la cuarentona de siempre.

—¡Uf!, Brenda, que peso me acabas de quitar de encima. La verdad es que fijándome en los resultados, tu gente sabe trabajar de puta madre, doy perfectamente el pego de una anciana centenaria ¡me imagino que también me habréis dejado una de esas sillas de rueda con motor! ¡Siempre he querido tener una!, y así poder pillar a la gente. ¿Quién va pegar a una »pobre e inocente abuela«?, quizás me quede unos días en casa, hasta que me acostumbre a este aspecto.

—Sí claro, tómate el tiempo que necesites. Yo me pasaré esta tarde por tu casa y te llevaré el expediente del sujeto al que tienes de nuevo que espiar y recuerda que la semana que viene ingresas en la residencia.

—Sin problema ¿es guapo el que va a hacer de mi marido?

—Guapísimo y muy agradable

Los ojos de Brenda comenzaron a llenarse de agua salada, ella era la hija de Carmen, y todos los días tenía este tipo de llamadas. Se hacía pasar por la jefa de su madre, ella se había transformado en una espía. Esas misiones le daban ánimo para seguir adelante en la tercera

etapa de la vida, la cual no aceptaba de ninguna forma y habían decidido todos los hermanos que era la hora de llevarla al geriátrico donde ya hacía tiempo se encontraba su padre. Allí le seguirían el juego y allí sería feliz, porque la misión se alargaría y no tendría final.

Brenda estaba escribiendo su cuarto libro policiaco, que su madre devoraba en cuanto caía en sus manos, siempre le habían gustado ese tipo de novelas y su mente había mezclado la realidad con la ficción. Las llamadas diarias de Carmen a su hija eran sobre casos nuevos con mucha imaginación. Era buen material para hacer otra novela de agentes secretos, el primero había sido todo un éxito. Siempre le escribía una dedicatoria a su madre, sin descubrir qué personaje era ella.

Carmen se fue antes de que su hija Brenda publicara otra de sus novelas con gran éxito. En ésta dejó escrito unas palabras dedicadas a su madre:

«Ya sé, que cada noche cuando el sueño te roba el día y esa maldita goma de borrar empieza a hacer de las tuyas, destrozando y rompiendo para siempre tus recuerdos, es algo que no te mereces. Pero tú no te preocupes, cabellos de plata, porque aquí sigo yo, para ser tu memoria. Niña de cabellos blancos, quiero que por esos bonitos ojos que chispean cada vez que me ves, no vuelvan a derramar ni una lágrima más. No se lo permitas, tú eres fuerte, tú eres maravillosa, tú eres única y así quiero seguir viéndote.

Exprimiremos todo el tiempo que tengamos para disfrutar cada día juntas. Aprenderás de nuevo cosas que esa maldita goma de borrar hizo de las tuyas, y le impediremos que te devore recuerdos, nos enfrentaremos a ella y le haremos pasar hambre.

Niña-abuela, aquí sigo, llenando tu cara de besos que hasta te estoy quitando esas arrugas tan preciosas que te ha marcado el tiempo pero que no lograrán arrebatarte la hermosura que desprendes, la bondad que refleja tu mirada, la gratitud que nos regala tu sonrisa.

Te quiero mi niña-abuela.»